

La Agenda

La encontré sobre la mesa del Café del Norte desde la que de vez en cuando acostumbro a ver la vida. Esa mesa en que he leído infinitas tardes sin dueño, escrito frente a cafés infinitos y reído ante copas de vino incendiadas de destellos de noche. Fue ahí, en esa mesa, donde la encontré. Al acariciar su encuadernación de piel marrón supe que sólo podría ser propiedad de una persona con el buen gusto grabado en la mirada.

Concediéndome un vedado permiso, comprobé por la caligrafía afilada y delicada que vestía sus páginas que pertenecía a una mujer. En ellas, la magia del teatro y el cine se entreveraba con citas médicas y recordatorios banales. La vida y su falta de sutilidad al desordenar los días, dieron paso a una reunión con un notario de la calle Santiago que precedía un arsenal de semanas en blanco. Desnudada esta ínfima parcela del alma de su dueña, me atreví a imaginarla y, sin demasiado esfuerzo, la supe viuda reciente. Quizá sin hijos, o con ellos, pero lejos de sus vidas, que viene a ser algo parecido a no tenerlos.

Fue en el mismo instante en que la vi dirigirse al camarero de la barra para preguntar si alguien había dado noticia de la agenda que había dejado olvidada aquella misma mañana, cuando supe que ella era una más. Una más de aquellas viudas que encierran el humo de una calada febril en la garganta, orfandad en la mirada y el paso lento que sólo dan la soledad no escogida y la valentía de portar bajo el brazo un atlas de horas en que perderse sin más compañía que uno mismo y el acoso del recuerdo de un tiempo cada día más lejano.

Desgarrando el espejismo de lo incontestable, me levanté de mi mesa, y mientras caminaba hacia ella para devolverle su agenda, supe que la invitaría a sentarse conmigo. Que pediríamos dos verdejos, que hablaríamos de la magia del cine y el teatro, que esa tarde, y cuantas estuvieran por llegar, me sentaría a escuchar a esa mitad que, por permanecer en este mundo de vivos, cada día condena al olvido la estadística.